



II

Trajedia y despojo

A pesar de la violencia de la tempestad la población entera de Boca del Río iba y venía á la orilla del mar: todas las miradas estaban fijas en la sábana movable de espuma, cuya fosforescente brillantez contrastaba con el tinte obscuro del cielo.

Sin embargo, no había ningún buque á la vista: únicamente una detonación lejana había anunciado el inminente peligro en que alguno se hallaba y que pedía un piloto. Era evidente que en noche como aquella, á no ser por un milagro, no podía ningún buque permanecer cerca de la costa sin estrellarse. Pero como no se había repetido el cañonazo, se suponía que aquella embarcación habría podido alejarse mar adentro. Además, debió haber llegado á bordo un piloto que había salido por la mañana antes que arreciase el Norte, y la experiencia de aquel marino consumado tranquilizaba á muchos; á pesar de lo cual no faltaban espectadores que juzgaban perdido el barco.

Hallé á Carlos entre los curiosos.

Oyóse distintamente otra detonación. Una llamada precedió al poco rato á la tercera, y en seguida apareció la mole negra de un buque que se adelantaba con tanta rapidez cual si hubiese contado con su velamen íntegro. Parecía imposible que evitase su pérdida, pero me dijeron que aun le quedaba una esperanza, entrar en un canal que había cerca del sitio donde estábamos con objeto de encallar en la arena con menos violencia. Por desgracia, en medio de las olas que habían borrado completamente los límites de la playa no era fácil acertar con la estrecha entrada del canal.

Todas las maniobras del buque parecían encaminadas á alejar el instante crítico en que debía aventurarse en la dirección del canal oculto por las olas; tan pronto las ofrecía uno de sus costados como huía del huracán para dirigirse á tierra. De repente un grito de alegría dominó el ruido de la tempestad. A un tiro de cañón de donde estábamos apareció un fanal que alumbraba con luz clara y brillante.

¿Había habido algún hombre generoso que expusiera su vida para indicar el paso? A bordo del buque lo creyeron sin duda así é interpretaron la señal como nosotros, pues le vimos adelantarse con espantosa rapidez hacia el fanal, que se movía sin cesar siempre en línea recta. Un foque en el bauprés era la única vela que el buque llevaba para que pudiera ser gobernado por el timón, y solamente un apuro extremo podía motivar esa maniobra.

A veces cuando el viento cedía un poco el buque se detenía un instante, pero otra ráfaga venía á darle nuevo impulso. Por último, se le vió dar un salto repentino, inclinarse, ya sobre una banda, ya sobre la otra, levantarse enseguida otra vez, para caer nuevamente sobre el costado opuesto, y quedarse tendido sobre su banda hecha pedazos.

Un grito desgarrador llegó á nuestros oídos entre

el doble rujir del viento y de la mar; al mismo tiempo el fanal se apagó, como se apaga el fuego fátuo que engaña al viajero, luego de hacerle precipitar en un abismo.

El barco, una goleta, no tenía ya salvación, y había que pensar en los tripulantes. Apareció un hombre en la proa del buque naufrago, y á la luz de la linterna que llevaba reconoció al piloto Ventura. A pesar de que nos habló con la bocina, no pudimos entender sus palabras, bien que la cuerda que tenía en la mano no dejaba duda acerca del objeto que se proponía. Pedía que una lancha fuese á coger la punta del cable. No siendo practicable la empresa quedó sin respuesta la petición del piloto.

Entonces vimos bajar una lancha del costado de la goleta y saltar en ella algunos hombres. Ibamos á asistir á la escena más triste de aquel drama. La lancha no se sostuvo sino algunos momentos sobre las olas; desapareció y de sus tripulantes uno solo consiguió ganar la playa á nado. Este hombre, casi extenuado de frío y de fatiga, era el piloto Ventura.

Sin hacer caso de las preguntas que todo el mundo le dirigía, desenrollando una cuerda que llevaba en torno del cuerpo, dió orden de que atasen fuertemente la punta, para tratar de salvar á los marineros que quedaban á bordo de la goleta. Cien manos cogieron enseguida la cuerda, sugetándola con la fuerza de un cabrestante. Hecho esto, Ventura se repuso un poco y sus primeras palabras me explicaron el enigma más misterioso y más importante de lo que acababa de presenciarse. El buque había naufragado por una falsa indicación: el fanal que lo atrajera hacia un banco de rocas había sido un estratagema empleada por alguno de esos pérfidos merodeadores para quienes un naufragio es una ocasión de recojer abundante botín.

Mientras refería el episodio, Ventura examinaba con ojos irritados á cuantos le rodeaban, cual si bus-

rara á aquél cuya odiosa maniobra ocasionara la pérdida del buque. Entonces no pude menos de pensar en el individuo que iba delante de mí antes de llegar á Boca del Río y que al primer cañonazo, se había lanzado al galope, en dirección al mar.

—¡Malditos sean, clamó Ventura, esos ladrones que el viento Norte atrae á la playa para despojar á los náufragos y apoderarse del cargamento! ¡El infierno confunda al malvado que nos ha hecho naufragar!

Mientras hablaba así, un movimiento de la cuerda, que cedía á una violenta presión, anunció que los marineros de la goleta se aprovechaban de aquel recurso para ganar la tierra. En efecto, no sin gran trabajo y peligro, fue llegando á tierra la tripulación. El barco era norteamericano y llevaba al puerto de Alvarado, distante dieciseis leguas de Veracruz, un cargamento de contrabando que, según todas las apariencias, iba á ser presa de las olas y de los merodeadores: mas, como en virtud de la previsión norteamericana, el cargamento estaba asegurado por una suma igual por lo menos á su valor el capitán se cuidó únicamente de pedir un lecho y un vaso de grog. Tanto él como los marineros encontraron en los vecinos una hospitalidad interesada con la mira secreta de aprovecharse sin el menor escrúpulo, de los objetos que el mar no tardaría en enviarles. Yo hice que llevase mi caballo al pueblo uno de aquellos hombres, colocando en mi cinturón las pistolas que llevaba en las pistoleras. Mi intención era permanecer en la playa á fin de no perder ninguna de las singulares escenas que iba á ofrecerme el saqueo organizado de un buque.

Habíanse retirado las mujeres y los niños y solo quedaban en la playa un corto número de hombres que esperaban con impaciencia el momento en que el mar debía empezar á restituir una parte del cargamento que se había tragado. Ventura hizo apagar los fuegos y la playa volvió á quedar sombría, sino silen-

ciosa, pues las olas rujían con tanta fuerza como los truenos, cuyos ecos repetían las montañas de Tuxtla. De vez en cuando un pálido rayo de luna alumbraba la escena de la destrucción del barco, que las olas desmantelaban haciéndole chocar contra las rocas.

—Allí donde hay cadáveres, nos dijo el piloto señalando la goleta, allí acuden los buitres y los del-fines. Por consiguiente, no tardarán en llegar los causantes de esa catástrofe.

Sin embargo continuaba tranquilo, y mientras aguardaba que apareciesen los merodeadores, pude examinar el terreno. A pocos pasos de nosotros estaba la desembocadura del río, que corría bajo una bóveda de copudos árboles: al lado de acá estaba el pueblo y entre aquél y nosotros se levantaba una línea de mimbreras que podía ocultarnos completamente. Este lugar fué el que elegimos para espiar á los merodeadores.

A poco rato llegaron por la orilla del río un grupo de jinetes que se dirigieron á la playa. Hicieron alto, como para orientarse, no lejos de nosotros y uno de los jinetes se adelantó con mucha precaución.

—El tunante ha ido á buscar refuerzos, murmuró en voz baja.

—Y sin duda también las mulas que han de llevarse el botín, observó un vecino.

En aquel jinete reconocí al que me había llamado la atención con sus maniobras sospechosas. Embozado en su *bayeta* azul, y tal vez asombrado de encontrar la playa tan desierta, después de haberla dejado tan animada, continuó examinando el terreno silenciosamente hasta cerca de las mimbreras: después fué á reunirse con sus compañeros.

Ya se distinguían algunos restos de la goleta arrastrados hacia la playa. Los merodeadores se fueron apostando de trecho en trecho por la orilla. Únicamente el de la *bayeta* penetró con su caballo un poco en el mar; para ver mejor la llegada de los bultos:

—¿Puede alguno de vosotros prestarme una carabina? dijo el piloto.

Uno le alargó un fusil. En este momento la figura sombría del jefe de los merodeadores y de su caballo, destacándose cual estatua sobre la nevada espuma presentaba un blanco magnífico. El tiro salió y vimos doblarse el cuerpo del jinete y desaparecer entre las olas. Los demás bandidos emprendieron la fuga.

Un instante después vióse salir á un hombre del mar y echar á correr: la bala del fusil había herido al caballo. Corrió el piloto á cortarle el paso y se entabló una lucha entre los dos en las tinieblas. Cuando llegábamos á ayudar á Ventura le hallamos en tierra derribado por su adversario: éste huía con gran ligereza: no era posible alcanzarle.

Ventura se levantó con mucho trabajo, diciendo:

—Por suerte su puñal no ha atravesado sinó mi ropa: pero ya le conozco: es el tunante de Campos.

—¿Es quizás Tereso Campos? preguntó Carlos.

—Tereso Campos.

—¡Ah! yo le busco.

—¿Y para que? preguntó el piloto.

—Para matarle, respondió mi compañero con sencillez heróica.

—Pues bien: yo me encargo de hacer que le encuentre V. mañana. En la fuga ha montado un caballo, que debe ser robado.

—Será el de V., me dijo á mí Carlos. Por consiguiente se halla V. interesado también en vengarse de Campos.

El lector recordará que había mandado mi caballo al pueblo, pero el conductor, no se porque, lo había atado á un árbol cerca de la playa. Allí le alcanzó el ladrón.

Aunque no daba yo importancia á tal pérdida vi-me condenado á considerar ese robo como una afrenta sangrienta que no podía dejar impune.

Pero antes de emprender la persecución de los fugitivos era preciso proceder al reparto equitativo de los restos del naufragio. Por lo que presencié, la guerra que el honrado Ventura hacía á los merodeadores era porque no dejasen mermada su propia industria. Empezaron á llegar, ya objetos aislados, ya barriles, ya cajones flotantes: todo se fué amontonando en la playa en un sitio seco para repartirlo después. Y la cosa se efectuó con cierta imparcialidad, no adjudicándose Ventura sobre su parte sino cierto número de cajas de tela, á causa de los peligros que había corrido. Arreglado todo á satisfacción de aquellos aprovechados vecinos se llevaron el botín con tanta prisa que muy luego quedó la playa desierta.

Carlos, Ventura y yo pudimos finalmente acordar el modo de emplear el resto de la noche, que llegaba ya á la mitad de su curso, conviniendo en que dentro de una hora nos encontraríamos á orilla del río, en un sitio designado por el piloto, el cual se separó de nosotros para poner su botín á buen recaudo.

Carlos y yo nos encaminamos también al pueblo. El jarocho había asistido con despreciativa indiferencia al saqueo del cargamento del buque naufrago; antes de retirarse de la playa dirigió una mirada al mar, que azotaba con creciente furia el desmantelado casco de la goleta y á los escasos restos que las olas arrojaban todavía sobre la costa.

—Todo esto, dijo con melancólica sonrisa, no vale una mirada de Sacramento ni un fandango bailado á la sombra de las palmeras.

Pronto estuvimos en el pueblo, y después de una cena frugal, nos dirigimos al lugar de la cita con Ventura.

Encontramos al piloto en una ensenadita defendida por grandes sauces, ocupado en arreglar los restos de una lancha amarrada á la orilla. Yo, que había tenido las fatigas de una marcha forzada á través

de los bosques, ví con agradable sorpresa que, en vez de una agradable excursión pedestre, se trataba de hacerla en aquella lancha. Mostré mi satisfacción á Ventura.

—Aquí, me dijo, no viajamos sino de dos maneras: á caballo ó en barca. ¿Sabe V. remar? preguntó á Carlos.

Este hizo una seña afirmativa é inmediatamente nos metimos en la lancha. Las aguas del río, aunque apartadas de su desembocadura, estaban crecidas y agitadas por el temporal. Pronto, á impulso de los dos remos, empezamos á deslizarnos rápidamente por la sombría superficie de las aguas. Reinaba en ambas orillas la soledad imponente de los bosques de América unida al ruido del huracán al chocar contra los árboles. Las márgenes del río eran muy accidentadas. Tan pronto su cauce se ensanchaba como se reducía, corriendo el agua entre dos márgenes escarpadas bajo una espesa bóveda de acayoibas y de cedros inclinados.

Insensiblemente me dejé llevar del encanto de una contemplación seductora, que me hacía olvidar por completo el motivo de nuestro viaje nocturno. Una observación del piloto me hizo volver á la realidad.

—Cada cual, dijo, tiene en este pícaro mundo sus envidiosos y sus enemigos. Por mi parte conozco más de un individuo, incluso Campos, que se alegrarían mucho de saber que á esta hora adelantada de la noche, en medio de estos sitios solitarios que no han visto nunca á un agente de policía, podrían hallar á Sinforoso Ventura indefenso.

—¿Acaso no llevamos armas? objetó Carlos. ¿No cuenta V. para nada su carabina, las pistolas de mi amigo y mi machete?

—Mucho podrían servirnos estas armas en campo raso, pero aquí nos serían del todo inútiles. Un hombre escondido en uno de esos árboles que se inclinan

sobre nuestra cabezass elegiría muy cómodamente entre los tres al que se le antojara meterle una bala en el cráneo; ó bien un tronco de arbol lanzado al río, cuya corriente subimos, podría volcar nuestra lancha, si es que no la hacía pedazos. ¿Qué dice V. á esto?

—Convenido, respondió Carlos, por fortuna nadie sabe que suba V. por el río esta noche.

—¿Quién sabe? En todas partes hay espías y traidores. Si alguno de esos, á quienes hemos puesto en fuga ha sospechado nuestro proyecto, estén Vds. seguros de que sus compañeros serán avisados con tiempo y nos aguardarán esta noche en un sitio que yo conozco. Dos horas hace que remamos, añadió moviendo la cabeza, y no está lejos el sitio. Ya saben ustedes lo que debemos temer; vean si les conviene seguir adelante ó tomar tierra para aguardar el día.

—Quiero perder el menos tiempo que pueda, respondió fríamente el jarocho. Si remamos con fuerza dentro de una hora estaremos en el pueblo donde habita Campos.

—Como quieran Vds., repuso Ventura. ¡Adelante y Dios sobre todo!

Después reinó entre nosotros un profundo silencio. Yo, sabiendo los peligros que nos amenazaban, me senté en la proa, á fin de descubrir, si era posible, las emboscadas que acaso se nos preparaban. Pero la oscuridad de la noche hubiera hecho inútil esa tarea, aun para ojos más ejercitados que los míos. Ni una sola estrella se divisaba por entre los árboles. Había pasado un cuarto de hora sin que el más mínimo incidente justificase los temores del piloto cuando Carlos soltó el remo por algunos instantes para tomar aliento: la lancha, retrocediendo por la fuerza de la corriente, se quedó al través.

—Sostenerla en línea recta, dijo vivamente el piloto, aun suponiendo que no haya que temer de los hombres, el huracán puede haber arrancado algún

arbol, y si recibimos el choque de costado nos volcaría irremisiblemente. Presentando la proa evitamos al menos ese percance; el peligro es aun más temible porque, llegando hasta aquí el agua salada, á causa del temporal, debemos tener cerca más de un tiburón.

Estos nuevos peligros me hicieron echar de menos el descanso y la tranquilidad de la fonda de Veracruz.

Carlos volvió á su remo con más vigor que antes: habíamos llegado á un sitio en que el cauce era sumamente estrecho: se llegó á un punto en que los remos no podían jugar, y el piloto tuvo que valerse de un garfio que iba afirmando en las enredaderas, logrando así dominar la fuerza de la corriente.

Al salir de este estrecho canal volvieron á manejar los remos, pero á medida que el río ensanchaba su cauce se elevaban también sus orillas. Los enormes peñascos que se alzaban á derecha é izquierda ofrecían el aspecto de un puente roto. Bajo esta bóveda cada golpe de remo producía un eco.

—Sería necesaria la vista del gato montés para distinguir el camino, dijo el piloto.

—¿Tenemos todavía para mucho tiempo? preguntó Carlos.

—Unas cuantas remadas fuertes nos sacarán de este sitio; pero lo más difícil es descubrir la entrada del canal que sirve de salida á esta balsa; canal tan estrecho como el que acabamos de pasar. Caballero: tome usted el botador: que no abordemos á las rocas.

Hice lo que me encargara el piloto. La lancha no se había desviado lo más mínimo de la línea recta el botador no tropezó con nada, ni á derecha ni á izquierda.

—Va bien, dije, nos hallamos en medio de la corriente.

Los remeros bogaron otra vez con fuerza. De pronto el botador que llevaba en la mano chocó con violencia contra la roca, y se me escapó: me vi derriba-

do de mi puesto y, oyéndose un fuerte crujido de ramas rotas, la lancha se detuvo.

—¿Qué es eso? exclamó el piloto precipitándose hacia la proa, y pasando sus manos por una espesa red de ramas y enredaderas entrelazadas con fuerza terrible.

—¡Demonio! continuó, los bribones han arrojado al río algún arbol que la corriente ha arrastrado hasta aquí, y que destruye nuestra última salida. ¿Como saldremos de este laberinto? Alguna roca desprendida nos aplastará antes de que podamos abrirnos paso.

La evidencia era para descorazonar al más impávido: me callé. Lo más seguro era retroceder al canal de donde habíamos salido; pero la lancha, fuertemente enredada en las ramas del arbol que nos obstruía el paso, resistía á todos nuestros esfuerzos. Luchamos por algunos momentos con desesperación contra aquel obstáculo que detenía nuestra marcha, cuando una voz robusta gritó sobre nuestras cabezas:

—¿Quién vive?

—Gente de paz, respondí á imitación del piloto.

—Eso no basta: sois tres, y quiero oír tres voces.

—Y bien ¡diantre! Dígale V. á Campos que está aquí Carlos Romero, de Manantial.

—Y pregúntele V. también si se acuerda de Sintoroso Ventura, de Boca del Río, añadió orgullosamente el piloto.

Oyóse un silbido en el bosque; otro silbido detrás de nosotros nos hizo comprender que ambas orillas estaban guardadas. Transcurrieron algunos segundos, que me parecieron siglos. Dibujáronse en la cumbre de las rocas, sobre nuestras cabezas, algunas sombras vagas, y varias luces vacilantes alumbraron las aguas del río. El piloto no aguardó más para hacer fuego sobre los bandidos; pero estos tenían sobre nosotros la ventaja de la posición y armas más eficaces que las nuestras. Nuestros enemigos lanzaron enseguida al

agua un enorme peñasco que cubrió la lancha de agua y espuma. El piloto lanzó un grito de angustia.

Ciegos y sofocados por el agua, que nos había inundado, sentimos saltar la lancha, como si trepase á la cresta de una ola, y arrancada violentamente de las ramas que la sujetaban, seguir rápidamente la corriente del río. Cuando volví de mi primera sorpresa el piloto había desaparecido.

Llamé varias veces, pero solo me respondió la voz de Carlos, que dijo:

—¿No hay remedio para éll? ¿No ha oído V. su último grito? Está en el fondo del río y ahora nos toca á nosotros lo mismo.

Nuestra única salvación era una rápida retirada, si podía nos hacerla Carlos bogó vigorosamente. No se oía otro ruido que el de los remos. ¿Habían perdido nuestra pista los enemigos, ó nos aguardaban en la angostura del canal que dejáramos atrás y hacia la cual nos dirigíamos con esfuerzo desesperado? Cualquiera que fuese la suerte que nos aguardara en aquel sitio, era imposible retroceder.

Pronto nos hallamos en el paso peligroso. El más leve rumor, el murmullo del viento entre las hojas, un lagarto ó una ardilla que huyeran, todo nos encontraba prevenidos y con las armas en la mano: así es que con frecuencia se interrumpía nuestra navegación, obligándonos á frecuentes altos, después de los cuales el jarocho remaba con nuevo ardor.

Al fin llegamos á un sitio en donde la vegetación, menos abundante, dejaba descubierta una de las orillas, y allí desembarcamos. Una rápida exploración nos convenció de que no había ninguna emboscada, por lo cual resolvimos descansar una hora en aquel sitio.

Empezaban á distinguirse los primeros albores del día. ¡Figúrese el lector nuestra sorpresa cuando al establecer nuestro modesto campamento oímos la voz

de Ventura, que pronunciaba el nombre de Carlos! Al principio nos creímos juguetes de una alucinación. Pero pronto vimos que era verdad la resurrección del valiente piloto, que estaba en la otra orilla, pidiéndonos pasaje. Allá acudimos con la barca, y abrazándole, pregunté:

—¿Qué milagro le salvó á V. la vida? Aún su grito de angustia resuena en nuestros oídos.

—Aquel grito les salvó á Vds. la vida. En cuanto al milagro solo puede parecerlo á los que no hayan visto á un mejicano de pura raza luchando con el peligro. Comprendiendo que íbamos á morir sin defensa, de no librar la lancha del obstáculo de las ramas, me lancé al arbol que obstruía nuestro camino, y al caer el peñasco que los miserables precipitaron al río lancé aquel grito de desesperación que tomaron ustedes por un grito de muerte. Los bribones se engañaron lo mismo que Vds., y desaparecieron. Una vez fuera del agua, he continuado andando por la orilla opuesta, seguro de que al cabo encontraría á Vds.

Carlos le estrechó fuertemente la mano, y el piloto continuó:

—Ahora debe V. tener dobles deseos en encontrarse con Campos. Advierto á V. que cuento con amigos en el pueblo donde habita, y que dentro de dos horas puede V. ver cumplidos sus deseos.

Este venturoso accidente le hizo olvidar su fatiga á Carlos. No era ya cosa de retroceder.

Después de una ligera discusión sobre si habíamos de continuar por agua ó por tierra se adoptó el volver á la lancha, á propuesta del piloto, el cual aseguró que la corriente habría arrastrado los obstáculos acumulados por nuestros enemigos en algunos puntos del río.

Volvimos á emprender la navegación, poniéndose uno de ellos á la proa y otro á la popa, mientras yo me colocaba en medio, satisfecho de que me dispen-

saran por mi inexperiencia, de tomar parte en la maniobra, y sobre todo de disfrutar de las magnificencias de la naturaleza á los albores del día.

El río, tan sombrío por la noche, parecía sonreír desde su lecho al sol naciente. Los jazmines silvestres, los laureles, rosas y otra porción de flores y de plantas confundían sus perfumes y sus colores en medio de festones de enredaderas azules ó purpurinas, que dejaban colgar sus randas á lo largo de ambas orillas.

Nada en estos sitios solitarios recordaba la huella del hombre, ni se oía más ruido que el que hace el pico-verde, con su acompasado picoteo en el tronco de algún árbol seco. Mis compañeros permanecían indiferentes ante esas pompas, y yo mismo acabé por prestar atención á su animado diálogo. El piloto, al mencionar sus quejas contra Campos, hacía vibrar una cuerda muy sensible en el corazón del amante de doña Sacramento. Carlos oía con dolorosa sorpresa que Julián, su adversario vencido, era también rival suyo. Julián no tenía secretos para su amigo Ventura; su pasión por Sacramento databa de cuando los padres de la joven habitaban en Medellín, pueblo no lejos de la costa. La anciana Josefa iba con frecuencia de Manantial á Medellín para ejercer su equívoca profesión de adivina y hechicera: ésta había ofrecido á Julián predisponer en su favor el corazón de la joven, si la descubría el asesino de su hijo, y como Julián era amigo del piloto y éste conocía, por sus antiguas relaciones con Campos, todos los crímenes del jefe de los merodeadores, pudo servir á la vieja revelándola lo que deseaba.

Según Ventura, la hechicera cumplió su palabra siendo confidente de Sacramento, y favorablemente acogida cuando abogaba por Julián. asegurando con maliciosa sonrisa, que Julián fué invitado por la joven á tomar parte en la fiesta de Manantial y á desar-

fiar en honor de ella al campeón más valiente del pueblo.

Unicamente Carlos y yo podíamos completar la relación de Ventura. Sin embargo, ambos guardamos silencio: yo porque no se excitasen los celos de mi amigo y éste por las punzantes emociones que aquel relato le causaba.

—Mas ahora que me acuerdo, continuó Ventura, es V. el retado por Julián, y no debo ocultarle una cosa, que él me ha confesado que, aun después de su derrota, no pierde las esperanzas, y trata de abandonar á Medellín para establecerse en Manantial.

—¿Está V. seguro de lo que dice? preguntó Carlos con alterada voz.

—Mi amigo Julián no me ha engañado nunca, ni es hombre que se alimente de ilusiones. Créame usted: si va á Manantial es que tendrá razones para ello.

Era demasiado: Carlos no le dijo más. Con los ojos fijos en el agua, que huía por ambos lados de la barquilla, el desdichado se inclinaba sobre su remo con energía febril. Unicamente su cuerpo estaba con nosotros, puesto que su alma había volado seguramente á los bosques de Manantial.

Por fin llegamos al término de aquella accidentada navegación. El río, muy ancho en este sitio, corría entre dos orillas tan bajas que estaban casi á flor de agua. Vastos campos de caña dulce poblaban una de las riberas.

—El pueblo está detrás de aquellas colinas, dijo el piloto, designando las que se alzaban á alguna distancia. Desembarquemos aquí.

